

XIII

ENCUENTRO INTERNACIONAL DE HISTORIA DE LA EDUCACIÓN

Entre lo local y lo global
**Actores, saberes
e instituciones en la
historia de la educación**



ISBN: 978-607-9087-13-5



Universidad Autónoma de Zacatecas
Francisco García Salinas

22 - 24 de Agosto de 2012 Zacatecas, Zacatecas México

El compromiso con la educación. La labor de Jaime Torres Bodet

Valentina Torres Septién Torres
Universidad Iberoamericana
Campus México

La década de los treinta del siglo pasado marcó a México con una experiencia educativa de importantes consecuencias sociales y políticas que conmovieron profundamente a la sociedad al instaurarse la educación socialista durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas. Este proyecto apoyado por los grupos que veían en él una posibilidad de desarrollo social más igualitario, en el sector empresarial, económico y de las clases medias de todos los grupos vinculados con el catolicismo, significaba una amenaza a la iniciativa privada y a la ideología tradicional del México capitalista. Paradójicamente, al final de ese gobierno se habían logrado una expansión de las clases medias y altas como resultado de la industrialización y la inminencia de la Segunda Guerra Mundial.

En 1940, al hacerse cargo de la presidencia el general Manuel Ávila Camacho, el país tomaba rumbos nuevos. La Segunda Guerra Mundial propició el despegue económico, la sustitución de importaciones y la demanda de ciertos productos mexicanos en el exterior. El Presidente apoyó el crecimiento acelerado de la economía y la industria y, como parte del cambio, sustentó una ideología conciliatoria bajo el lema de “unidad nacional”, “invento magnífico” lo llamaría más tarde Carlos Monsiváis,¹ que fue la consigna de la década de los cuarenta.

Unidad nacional significaba un freno a las políticas de izquierda del cardenismo y una estrategia de gobierno frente a las difíciles condiciones económicas y políticas que vivía el país. El “invento” implicaba nuevas características en el esfuerzo gubernamental como la redefinición de las relaciones de México frente a los Estados Unidos, el freno al reparto agrario, la posibilidad de creación de un partido de derecha (PAN), el sometimiento de la izquierda beligerante de décadas anteriores, entre otras acciones. El miedo al comunismo se manifestó no sólo en los sectores más conservadores y tradicionalistas, sino también dentro del mismo

¹Carlos Monsiváis, “Sociedad y cultura” en Rafael Loyola, *Entre la guerra y la estabilidad política, El México de los 40*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, 1990, p. 269

sector de gobierno en donde se desató una lucha contra grupos que operaban a su interior, así como contra los partidos y grupos de oposición en general. Esta unidad implicaba la transformación hacia un país en que la pluralidad política era incipiente; el mexicano de los cuarenta se convertiría en un ciudadano despolitizado, que aceptaba al PRI como única posibilidad de dirigencia, de estabilidad y de estilo de gobernar como lo llamaría Daniel Cosío Villegas.

La educación, como factor indispensable de cambio, debía darle vuelta a la hoja para adaptarse al curso que le marcaban las nuevas necesidades del país. Si se optaba por un modelo económico que favorecía la industrialización y el desarrollo, la educación socialista debía desaparecer del discurso político, puesto que la educación era una de las herramientas esenciales para llevar a cabo esta empresa; por era indispensable eliminar cualquier elemento ideológico que pudiera significar división en el gobierno o en la sociedad en general.

Fue en este marco en el que el recién nombrado Secretario de Educación Jaime Torres Bodet después de dos anteriores en este mando avilacamachista, quien desarrolló una importante labor como conciliador e ideólogo de la educación. Torres Bodet es sin duda alguna, un personaje importantísimo cuya labor necesita de un reconocimiento mayor. Fue además un destacado diplomático, poeta y literato, académico de la lengua y miembro del Colegio Nacional. Oriundo de la Ciudad de México, muy joven tuvo el cargo de Secretario de la Escuela Preparatoria, su alma mater. Pocos años después colaboró con José Vasconcelos como su secretario particular en la Secretaría de Educación Pública, primer puesto de los varios que desempeñaría en esa dependencia. La imagen de Vasconcelos iría siempre muy ligada a la propia. Su afición por la literatura y su interés por la educación lo impulsaron a colaborar en la publicación de revistas educativas como *El libro y el pueblo*, en la creación de varios tipos de bibliotecas populares y en la preparación de las lecturas clásicas para niños. En 1924 como jefe del Departamento de bibliotecas, Torres Bodet organizó e inauguró en el Palacio de Minería, la primera Feria del Libro.

Posteriormente, en 1929 ingresó al Servicio Exterior Mexicano y ocupó varios cargos en Madrid, en la Haya, en Ginebra, en Buenos Aires en Paris y en Holanda.

Al hacerse cargo de la Secretaría de la SEP en 1943, esta institución pasaba por momentos críticos debido a la división existente entre los líderes magisteriales. Su labor se encaminó a dar coherencia y sentido a la educación mexicana de acuerdo con los nuevos cambios que la unidad nacional pedía: buscó por todos los medios mantener un presupuesto gubernamental suficiente para sostener las tareas fundamentales, dar un impulso a la alfabetización, meta que se había propuesto después de su participación en la asamblea general de la UNESCO y consideró impostergable la reforma del artículo tercero constitucional.

Puso de inmediato a la consideración del Avila Camacho el proyecto de la campaña más grande, coordinada, planeada, costosa y aparentemente simple que nunca antes se hubiera llevado al cabo: la Campaña Nacional contra el Analfabetismo, que recordaba aquella emprendida por Vasconcelos, en un interés común que atañera a todos los mexicanos.

Don Manuel la acogió con entusiasmo e insistió en que se le llamara campaña contra el analfabetismo, porque, como según afirmó Torres Bodet, "... somos así, combatientes por costumbre y por vocación".²

Las consideraciones sobre la necesidad de la campaña fueron múltiples. Los ideales de igualdad y justicia colectiva se hicieron patentes en una nación donde la ignorancia y el trabajo mal remunerado habían asentado sus reales. El progreso, se decía, sólo se haría posible sacando de las tinieblas a quienes estaban en ellas. Además el mundo estaba en guerra y "... ¿no era el analfabetismo un enemigo interior en nuestro país? Y, ¡no resultaba justo movilizar a la población letrada contra ese enemigo interno ya que los acontecimientos internacionales no lo habían constreñido a verter su sangre – o la de sus hijos- en los frentes de batalla, que era también la nuestra, la que están librando las democracias contra el enemigo del exterior!"³

En 1944 en el acto conmemorativo del aniversario de la promulgación de la Constitución política de 1917 el Secretario de Educación señaló la imposibilidad de adquirir la democracia en el país donde el 48 % de los mexicanos:

Estén condenados a asistir a la vida de sus hermanos como un espectáculo misterioso. Ni es posible tampoco en que en cuanto piensan y dicen y escriben los

² Jaime Torres Bodet, *Memorias*, México, Editorial Porrúa, 1969 p. 31

³ *Idem.*

mexicanos, llegue tan sólo, por el libro o por el periódico a una sola porción de la patria.⁴

El interés de la campaña era evidentemente político: acabar con viejos rencores y odios que hicieron crisis en el sexenio anterior y unir al país nuevamente, integrando por medio de la lectura a todos los habitantes; el contenido de las cartillas no daría motivo de oposición ideológica. Era ése, sin duda, un excelente momento para acabar con la polémica y la campaña un excelente modo de lograrlo.

El día de la promulgación de la Ley de emergencia contra el analfabetismo el 21 de agosto de 1944, cuenta Torres Bodet que el presidente “estaba radiante”. Ese día reunió en sus oficinas a directores y gerentes de los principales periódicos y de las estaciones más importantes del país. En su alocución por la radio dijo:

Sé muy bien que la educación del pueblo no radica exclusivamente en eliminar el analfabetismo, Pero sé, con igual claridad que el primer paso indispensable es enseñar a leer y escribir y que, mientras la mitad de los mexicanos esté compuesta por iletrados, ninguno de los otros problemas sociales que confrontamos podrá ser planteado con la esperanza completa y con lógica solución.⁵

Torres Bodet también habló en “La hora nacional” para explicar la forma en que se iba a realizar la campaña y señaló la urgencia de la medida diciendo:

Estamos de acuerdo con que saber leer y escribir constituye un mínimo, un estricto mínimo. Por eso precisamente, porque es un mínimo, pero un mínimo que, a pesar de los esfuerzos desarrollados, no es factible alcanzar con los procedimientos educativos que por ahora permiten nuestros ingresos, estimamos indispensable plantear la cuestión como lo merece, en términos nacionales y plantearla en términos de emergencia.⁶

⁴ *Ibid.*, p. 495

⁵ Secretaría de Educación Pública, *Ley de emergencia que establece la Campaña Nacional contra el Analfabetismo*, México, 1944, p. 6

⁶ *Ibid.*, pp. 10 - 11

La campaña consideró la extraordinaria importancia del papel de las agencias extraescolares que con sus múltiples recursos, como el cine, la radio, las publicaciones y las funciones de títeres pudieran hacer llegar a todas partes y a toda clase de individuos sus benéficos. Destacaron, por el interés que se les dio, las publicaciones para alfabetizados, los medios audiovisuales y la creación de bibliotecas y de centros de lectura. La labor editorial en relación con la alfabetización fue intensiva en estos años, se hicieron toda clase de textos, folletos, revistas, carteles, periódicos murales, con fines de enseñanza, propaganda y reforzamiento.

Del material en español que se elaboró (ya que también se hicieron textos en idiomas indígenas), destacan las ediciones de la Biblioteca Enciclopédica Popular que se publicó durante treinta y un meses. La serie estuvo compuesta por cuadernos que se imprimieron en papel periódico en los talleres de El Nacional. Aparecía un libro por semana en tirajes de veinticinco mil ejemplares. De éstos diez mil se regalaban a los maestros rurales de sueldo más restringido, y el resto se vendía al público al precio de veinticinco centavos. Sus títulos fueron muy diversos: desde biografías de hombres ilustres hasta manuales prácticos de agricultura y pequeños oficios. Otra publicación impulsada por Torres Bodet fue la de los *Cuadernos de cultura popular* que se empezaron a editar en 1948. Estas eran lecturas sencillas destinadas a la población recién alfabetizada. Cada cuaderno contaba con dieciséis páginas bien ilustradas con lecciones amenas sobre la vida industrial, agrícola y social del país. Se continuó también con la revista bibliográfica *El libro y el pueblo*, revista mensual iniciada por Vasconcelos que tuvo como propósito inicial orientar al pueblo sobre qué leer y como tener acceso a las obras. Esta publicación estaba formada por reseñas bibliográficas, noticias de libros recibidos en la Secretaría, notas sobre el movimiento cultural de México y del extranjero; monografías sobre México publicados en otros países, notas sobre novedades literarias, sugerencias a bibliotecas populares; su vida se extendería hasta 1974.

La Ley de Emergencia disponía que todo mexicano mayor de 18 años y menor de 60, que hubiera tenido el privilegio de ir a la escuela, tenía la obligación de enseñar a leer y escribir cuando menos a otro mexicano analfabeta mayor de seis y menor de 60 años

Los obstáculos que enfrentó la campaña fueron muchísimos: la desproporción numérica de los iletrados en algunas regiones en relación con los que sabían leer y escribir, la escasez de tiempo o los imperativos económicos de los letrados, la carencia de alumbrado, mobiliario y útiles escolares. Asimismo la heterogeneidad mental de los analfabetos, diferencia de edades, falta de preparación, cívica, del clima la dispersión, la incomunicación, hicieron muy difícil su realización. Quizá el más importante fue la apatía de muchos mexicanos que no atendieron el llamado presidencial. Se puede decir que la enseñanza directa de persona a persona no tuvo el éxito que se pensó. Es innegable que hubo una gran cantidad de mexicanos que cumplieron con su obligación y lo hicieron con plena conciencia de patriotismo y colaboración nacional. La mayoría no lo hizo. La empresa resultó demasiado optimista. Los resultados fueron de casi un millón y medio de alfabetizados, lo que significaba un 25% del total de analfabetas existentes en el país.

Ya para finalizar el sexenio de Ávila Camacho, las demandas por la modificación al artículo 3º., eran constantes. La derecha, sobre todo, encabezada por la Unión Nacional de Padres de Familia, constantemente se dirigía al presidente y al Secretario de Educación demandando su modificación.

Para Torres Bodet, la disyuntiva entre la libertad de enseñanza y la enseñanza laica le significaba una cuestión de conciencia. Pensaba que la Constitución de 1857 había decretado la libertad de enseñanza como un sinónimo de liberalismo puro, pero a la vez creía que la conciencia del niño no tenía que verse modelada prematuramente, por maestros sumisos a los intereses de un credo determinado. Por ello, su postura se ajustó a lo estipulado en la Constitución de 1917 cuando afirmó:

La Constitución de 1917 garantiza la libertad de creencias. Por eso mismo la escuela no debe ser, entre nosotros, ni un anexo clandestino del templo, ni un revolver deliberadamente apuntando contra la autenticidad de la fe. Nuestras aulas han de enseñar a vivir, sin odio para la religión que las familias profesen, pero sin

complicidad con los fanatismos que cualquier religión intente suscitar en las nuevas generaciones.⁷

La postura de Torres Bodet tranquilizó a quienes esperaban la inmediata reformulación del artículo 3º, que finalmente quedó decretada en diciembre de 1946, en los términos que hoy conocemos, Cabe aclarar que en 1992 durante la presidencia de Carlos Salinas, se le hicieron adiciones y se aprobó la posibilidad de dar educación religiosa en las escuelas particulares.

En 1948 fue llamado a colaborar como Director de la UNESCO donde extendió su interés por la campaña alfabetizadora al marco internacional. En la Dirección a su cargo apoyó la conveniencia de intentar una campaña alfabetizadora al marco internacional. En la dirección a su cargo apoyó la conveniencia de intentar una campaña internacional contra el analfabetismo. Para ello reunió un seminario de estudio en Quintadinha, Brasil con el apoyo de la Organización de Estados Americanos y de educadores de varios países latinoamericanos. De las reuniones de este grupo surgió la idea de crear un centro dedicado a la formación de especialistas y a la preparación de material de enseñanza para combatir el analfabetismo. El primero de esos centros se estableció en Pátzcuaro, Michoacán en 1950 con el nombre de Centro Regional para la Educación Fundamental CREFAL. La influencia de la UNESCO se seguiría sintiendo en México desde entonces.

Sin embargo, una tres lustros más tarde, junto al progreso que se reflejaba en el desarrollo económico del país, el panorama educativo seguía siendo desalentador. La explosión demográfica había adquirido proporciones sorprendentes y el presupuesto del Estado no permitía dar los servicios que la población requería a la velocidad en que ésta se multiplicaba: ante estas crecientes exigencias los esfuerzos de la campaña de 1944 habían quedado rezagados.

Al asumir la presidencia Adolfo López Mateos, en 1958 el analfabetismo todavía ascendía a 37%, el número de escuelas seguía siendo insuficiente -sólo el 58%de la demanda educativa era atendida - y cada año, según las estadísticas escolares, cerca de tres millones de niños en edad escolar quedaban sin escuela. Por otra parte la deserción escolar era

⁷ *El Universal*, 17 de febrero de 1941

elevadísima, -alcanzaba 77% en la población urbana, en el ámbito rural de cada 100 niños solo 3 concluían la primaria, la escasez de maestros subsistía y los planes de estudio se consideraban inadecuados a las necesidades reales del país.

Ante esta situación era necesario tomar medidas de emergencia. Torres Bodet, que acababa de concluir su gestión frente a la UNESCO, fue invitado nuevamente a ocupar la Secretaría de Educación Pública. El Secretario propuso en esta ocasión como solución primordial al problema educativo, la instalación de planteles suficientes donde se pudiera proporcionar enseñanza elemental hasta el sexto grado.

Consciente de la gravedad del problema educativo, a los pocos días López Mateos envió una iniciativa al Congreso de la Unión con el fin de constituir una comisión que estudiara los problemas de la educación primaria y formulara un plan, de tal forma que en un tiempo determinado fuera posible satisfacer su demanda escolar en el ámbito nacional.

La magnitud del problema exigía una acción rápida y efectiva, ya que las demoras y los esfuerzos a medias simplemente provocarían un desastre. Por este motivo, el 10 de diciembre de 1959 el presidente aprobó el Plan de expansión y mejoramiento de la enseñanza primaria, mejor conocido como Plan de once años, programa ambicioso que sin embargo no sería la solución definitiva al problema cuantitativo de la enseñanza primaria, sino solamente se concretaría a satisfacer la demanda real existente, es decir, ofrecería educación a todos aquellos niños que tuvieran posibilidad efectiva de asistir a la escuela. Se trataba de aumentar en todas partes las oportunidades de inscripción para quienes nunca hubieran ingresado a la escuela y establecer sucesivamente los grados más altos de educación, cuya carencia era marcada principalmente en el medio rural, de tal forma que en un lapso de once años hubiera escuelas suficientes para todos los niños mexicanos; fue así como por primera vez en México se planeaba la educación a largo plazo.

Entre las medidas que proponía el Plan de Once años estaba la capacitación de maestros para lo cual se creó el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio. También se requería de la construcción de 37 000 nuevas aulas para lo que se fundó el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas CAPFCE, se diseñó un plan para alfabetizar a los adultos y la construcción de bibliotecas y museos.

Se renovaron las misiones culturales para dar impulso a la educación rural e indígena y se aceptó, también por vez primera la ayuda internacional en este sentido con apoyo del CREFAL (Centro de cooperación regional para la educación de adultos en América Latina).

Pero sin duda, lo más importante de este Plan de Once años fue la edición de los libros de texto gratuito. Para Torres Bodet, como lo fue también para Vasconcelos, la alfabetización sería un engaño si los alfabetizados no tenían la posibilidad de poner en práctica regular e inmediatamente los conocimientos adquiridos mediante la lectura regular.⁸ Al respecto señalaba: “De nada vale enseñar a leer, ni crear escuelas, ni fomentar la educación fundamental de las masas si los que acaban de aprender no pueden procurarse textos o, más aún, si no se les ofrece y proporciona material de calidad para el ejercicio de la lectura”.⁹ La escuela obligatoria y gratuita consignada como precepto legal en la Constitución de 1917 había quedado a menudo en letra muerta. “Hablábamos de educación primaria gratuita y obligatoria, comentaba Torres Bodet, pero al mismo tiempo exigíamos que los escolares adquiriesen libros muchas veces mediocres a precios cada año más elevados. Para solucionar el problema el presidente López Mateos fundó en 1959 la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos designando a Martín Luis Guzmán para presidirla. Con esta medida, según Torres Bodet, se trataba de formar un mexicano nuevo, “que pudiera servir a la Patria con entusiasmo y ayudar a sus semejantes con lealtad. Un mexicano dispuesto a la prueba moral de la democracia, interesado en el progreso de la nación... resuelto a afianzar la independencia política y económica de su país.”¹⁰ La intención era que los libros se repartieran en todos los rincones del país. Los libros irían a las ciudades y al campo, se repartirían a niños sin recursos económicos, pero también a los que los tenían; decía Torres Bodet “Todos son niños y todos son parte de nuestro pueblo”.¹¹ Desde entonces todos los niños mexicanos han tenido acceso a libros de texto gratuito.

⁸ClaudFell, 1989, pp. 484-485

⁹JaimeTorres Bodet, *Memorias: Tiempo de arena, Años contra el tiempo, La victoria sin alas*. México, Porrúa, vol. 1, p.98

¹⁰Jaime Torres Bodet, *Nuevos rumbos a la educación*, México, 1962, pp. 117 - 118

¹¹Jaime Torres Bodet, *Equinoccio*, México, Porrúa, 1974, p. 241

Los resultados fueron alentadores. Once años después, en 1970, los maestros casi habían duplicado su número, y se inscribieron a las escuelas primarias casi un millón más de niños.¹²

Es difícil en tan breve espacio señalar el papel fundamentalísimo que Jaime Torres Bodet tuvo en la construcción del mexicano del siglo XX. A pesar de sus logros, él mismo señaló las limitaciones de sus propuestas. Sin embargo, la historia del México actual no sería la misma sin la decidida participación de Torres Bodet en la educación nacional. Torres Bodet entregó todas sus capacidades, su experiencia nacional e internacional en acciones que lo trascenderían. Como señala una autora contemporánea. “No fue por tanto, un funcionario más. Fue un intelectual de cuerpo entero... un individuo con una expertise en el orden cognitivo y que se compromete vitalmente con el fin de promover valores nuevos...”¹³

¹²Fernando Solana, et.al., *Historia de la educación pública en México*, México, FCE, 1981, p.598

¹³ Edward Shills, *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*, Chicago, University of Chicago Press, 1972 citado por Aurora Loyo Brambila, “Cultura y educación en Jaime Torres Bodet”, en Rebeca Barriga, *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, México, El Colegio de México, SEP, CONALITEG, 2011, p. 139